

# ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Febrero de 1888

Año III N.º 26

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

## LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN

### La Mentira Política (Continuación) (1)

¿Qué es el parlamentarismo? En teoría representa la emancipación del vasallo feudal convertido en el ciudadano moderno. El elector ejerce el día que nombra su diputado los antiguos derechos de los reyes. La cédula electoral es el arma con que nuestro pobre Juan puede defenderse de la tiranía burocrática y combatir todas las instituciones que le perjudican. En la práctica, sin embargo, es una mentira tan enorme como todas las otras formas de nuestra vida política y social.

Las mentiras que por todas partes nos saltan á nuestra consideración son de dos clases: las unas llevan la máscara del pasado; las otras la del porvenir: la religión y la monarquía, exteriorización de ideas ya muertas, pertenecen á la primera; el parlamentarismo, forma exterior de una concepción que carece de base social, pertenece á la segunda.

Según la teoría parlamentaria, el pueblo, ya que en las grandes naciones modernas no puede legislar directamente ni nombrar sus empleados, delega su soberanía en un corto número de elegidos; tampoco estos pueden gobernar directamente y delegan á su vez sus poderes en los gobiernos, que preparan y aplican las leyes, establecen y cobran los impuestos, nombran los empleados y deciden de la paz y la guerra.

Para que en esas transmisiones de la soberanía el pueblo continuase siendo soberano era necesario que los delegados se despojasen de su personalidad y cumpliesen su mandato sin alterarlo en lo más mínimo por la influencia individual; sería necesario también que el mandato fuera claro y preciso, para lo cual los electores deberían entenderse previamente sobre los trabajos legislativos y administrativos y transmitir sin cesar el mandato bien definido y concreto al elegido. Tal es el parlamentarismo ideal.

Pasando de la teoría á la práctica, la contradicción es inmensa. La elección no expresa en manera alguna la voluntad de los ciudadanos; los diputados obran siempre según su propia inspiración y únicamente se sienten limitados por el temor de sus rivales, no por la consideración á sus electores. Los ministros, no sólo gobiernan al país, sino también al parlamento; las fuerzas y los recursos de la nación sirven para comprar mayorías, y ministros y diputados quedan perfectamente irresponsables. Si una vez en un siglo un ministro llega á ser perseguido, sea que su

1) Véase el número 24 perteneciente á Diciembre de 1887



conducta haya sido realmente infame, sea que haya excitado contra sí el odio, todo acaba por una farsa judicial en extremo aparatosa y por un castigo de una nulidad ridícula.

Los pueblos vienen acostumbrados de siempre á ser dirigidos por una voluntad soberana y á tener sobre sí una aristocracia privilegiada á quien tributar honores y á quien entregar toda la riqueza pública, y aunque grandes pensadores hayan puesto en sus manos con el parlamentarismo un medio de mantener su soberanía, han acomodado el parlamentarismo á su antigua servil costumbre.

El parlamentarismo ha resultado útil para algo que no pudieron prever sus iniciadores. Cada pueblo, especialmente aquellos que se encuentran en un período de desarrollo ascendente, produce en cada generación individuos de naturaleza dominante que no pueden soportar ninguna limitación y que en nuestra civilización no pueden ser más que jefes. Bajo un régimen absoluto se hallan siempre fuera de la ley, son regicidas, bandidos ó filibusteros; el parlamentarismo ofrece satisfacción más pacífica á esos caracteres turbulentos, y en este concepto sirve de válvula de seguridad social.

El sistema parlamentario es la apoteosis del egoísmo. En teoría debe ser la solidaridad organizada; en la práctica es el egoísmo triunfante. Según la ficción, el diputado se despoja de su personalidad para fundirse con un sér colectivo impersonal por quien los electores piensan y hablan, quieren y obran; en la realidad, los electores se despojan por el acto electoral de todos sus derechos en favor del diputado, y éste adquiere toda la potencia que aquéllos pierden. Los electores, según una expresión gráfica, son un rebaño de votantes.

\*

El caso de que los electores se dirijan á un ciudadano sabio y honrado rogándole que los represente en el parlamento, ocurre muy pocas veces, y aun esto acontece siempre bajo la influencia de circunstancias que quitan absolutamente al hecho su importancia aparente. Ha ocurrido alguna vez que un partido haya tenido interés en confiar su mandato á un hombre de mérito para atraerse la respetabilidad de un nombre; pero comunmente no sucede así. Casi siempre acontece que un ambicioso se presenta á sus conciudadanos y trata de persuadirles que merece mejor que ningún otro su confianza; no le inspira el interés público; sabe que los hombres dispuestos á sacrificarse por la humanidad no se dirigen á la multitud para adularla, sino para corregir sus defectos y para arrancarla sus preocupaciones, y no puede temer un concurrente serio; el resto han de hacerlo comités electorales formados por los caciques del distrito. De ese modo se fabrica la representación nacional.

En muchos países el parlamentarismo no es otra cosa que una cortina que oculta el absolutismo del rey por la gracia de Dios. Donde el parlamentarismo reina y gobierna de hecho, sólo representa la dictadura de algunas personalidades que se apoderan alternativamente del poder. En teoría el parlamentarismo debe asegurar á la mayoría una influencia



preponderante; en la práctica, el poder se halla acaparado por una media docena de jefes de partido. Débense formar las convicciones por los argumentos que en los debates parlamentarios se produzcan á la luz del día; y al contrario, se determinan por la voluntad de los jefes y por consideraciones de interés privado. El deber de los diputados consiste en inspirarse siempre en el bien de la nación; sólo su interés particular y el de sus amigos es su único móvil. Los diputados debieran ser los mejores y los más sabios entre todos los ciudadanos; bien al revés, son los más ambiciosos, los más intrigantes y los más violentos. El voto por un candidato indica que el elector le conoce y tiene confianza en él; lejos de esto, el elector vota muchas veces por un hombre desconocido impuesto por un grupo de escandalosos que durante varias semanas consecutivas han repetido su nombre. Las fuerzas que en teoría deben mover la máquina parlamentaria son la experiencia, la previsión y el desinterés; en la práctica son una voluntad enérgica, el egoísmo y la elocuencia. Una alta inteligencia y un noble carácter sucumben bajo la influencia de una oportuna charlatanería y una constante audacia; la dirección de los parlamentos no pertenece á la sabiduría, sino á la tenacidad individual y á una palabra imponente.

El simple ciudadano, pues, no disfruta de la más mínima partícula de la soberanía popular, que el parlamentarismo le atribuye, y, por lo tanto, el pobre Juan debe obedecer, pagar las contribuciones y sufrir la carga con paciencia lo mismo que antes. El parlamentarismo, con todo su tumulto y sus agitaciones, sólo se le hace sensible el día de elecciones, cuando se molesta en depositar su voto en la urna, ó cuando lee la reseña parlamentaria en los periódicos, generalmente pesada y enojosa, en detrimento de otros asuntos más amenos é interesantes.

Tal es el parlamentarismo, repugnante farsa representada entre tunos y cándidos, silbada siempre por los hombres de juicio recto y severo.

#### LA REACCIÓN EN LA REVOLUCIÓN

##### IV

Luz, más luz,» exclamaba el poeta alemán en sus últimos instantes; «luz, más luz,» grita allá en el fondo de nuestra conciencia una voz secreta cuando la duda viene á llenar de inquietud nuestro cerebro; «luz, más luz,» dice el que vive en la ignorancia al vislumbrar el primer rayo que la ciencia le envía como para despertarle de su letargo; «luz, más luz,» grita el sabio y el ignorante, el poderoso y el miserable, el industrial y el agricultor, el político y el sacerdote, el artista y el poeta; todos, absolutamente todos los que reñimos fieramente en este combate de la vida, pedimos luz, mucha luz, torrentes de rayos luminosos que nos arranquen á las tinieblas en que vivimos. ¿Quién después de una contienda, de una polémica, no se ha sentido flaquear al recuerdo de un argumento efímero, de una razón sencillísima de nuestro contrario? ¿Quién no ha llamado entonces desesperado á la inspiración en su auxilio? ¿Quién no ha gritado luz, luz, más luz?



No duda el dogmático, no duda el que se aferra á un credo cerrado, no duda el fanático, el místico de una idea, pero duda y duda siempre la razón del que investiga, del que estudia, del que no ignora que la verdad es cosa harto movediza para determinada en absoluto. No duda la Reacción; duda la Revolución. «La duda es el principio de la sabiduría.»

La Revolución y el Progreso, — son sinónimas estas dos ideas, — rechazan el dogma, lo absoluto, y por eso cuando la Revolución afirma ideas absolutas, dogmáticas, se convierte á la Reacción, y por eso mismo también la Revolución es la Anarquía. La expresión Revolución = movimiento, es opuesta á esta otra: Reacción = *statu quo*. Allí los dos miembros de la igualdad varían de una manera continua, progresan conforme á una misma ley y permanecen constantemente iguales; aquí la igualdad queda satisfecha para un valor determinado y finito, es decir, para una idea concreta, absoluta, que excluye toda modificación. *Statu quo* = dogma A ó = dogma B, etc., Reacción, por tanto, es igual á dogma, cualquiera que éste sea. Suponed que la Revolución se encarna en una idea única que excluye toda modificación y tendréis en seguida Revolución, = *statu quo*, igualdad imposible, porque tendríamos, puesto que dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí, movimiento, = *statu quo*, esto es, movimiento, = quietud, absurdo. Esto es matemático, esto es indudable: la Revolución rechaza el dogma.

Y henos aquí ante un nuevo peligro para la idea revolucionaria.

Nuestras gastadas costumbres y nuestras preocupaciones nos llevan constantemente á intentar la resolución absoluta de mil y mil cuestiones que corresponden á la libertad individual y colectiva. Queremos resolver de plano la cuestión económica y afirmamos á renglón seguido un dogma; discutimos la familia y nos aferramos á una teoría exclusiva, decretando, por tanto, un dogma más; hablamos del cambio, de la producción, del consumo, de la división y organización del trabajo y damos desde luego una idea cerrada de todos estos problemas, cayendo de nuevo en el doctrinarismo dogmático.

Excitados por los que nos piden un programa completo á manera de lo hecho por los políticos que afirman *à priori* su futuro sistema de organización, caemos de lleno en sus redes y procuramos dictar á las generaciones venideras leyes y reglas de vida que no han de acatar seguramente.

Examinemos, pues, este nuevo aspecto de la cuestión.

Hemos visto ya que la anarquía satisface en toda su generalidad á la idea de la Revolución. Veamos si cuantos la proclaman ajustan todos sus principios á esta idea madre de todo movimiento y de todo progreso.

El socialismo revolucionario se divide hoy en dos tendencias económicas: la comunista y la colectivista. ¿Qué representan estas dos ideas? ¿Cómo se armonizan con la anarquía? Esto es lo que debemos investigar.

Desde luego existe una tendencia marcadísima en ambas escuelas al dogmatismo. Es para muchos una idea cerrada, exclusiva el comunismo; no lo es menos para otros el colectivismo. En ambos casos la imposición es evidente; la contradicción palmaria.



Determinar desde luego que al triunfo de la anarquía deberán los pueblos organizarse conforme á la condición de distribuir la riqueza con arreglo á las *necesidades de cada uno* ó al *producto del trabajo elaborado* por cada cual, es dogmatizar, y dogmatizar á ciegas. Es más, es destruir el principio anarquista, es negar la Revolución.

Así como la Anarquía se afirma, no sólo como principio científico deducido de nuestra propia naturaleza, sino también como hecho de experiencia fundado en la tendencia social, por todos modos evidente, á disminuir y dividir hasta el infinito el principio de autoridad; así la idea económica debe deducirse, no sólo como idea científica, de nuestro propio modo de ser, sino también por los datos que la experiencia nos suministre al examinar el desenvolvimiento de la sociedad actual. Pero hay más aún: la idea económica tiene, por otra parte, que satisfacer á las condiciones de existencia del principio anarquista, so pena de contradecirse ambos y destruirse, por tanto.

De modo que este principio de organización debe reunir tres condiciones indispensables: consagración de nuestra individualidad; afirmación de la evolución social y respeto de la libertad particular y general.

¿Consagra el colectivismo estas tres condiciones? ¿Las tiene en cuenta el comunismo?

Respondan sus partidarios.

En cierta ocasión hice un estudio de las diferencias que separan á estos dos principios, y entonces rechacé en conclusión el comunismo. Mas desde entonces he visto que el comunismo recibe, como el colectivismo, diferentes acepciones por parte de los anarquistas, y por esto he de condensar de nuevo mis ideas y exponer terminantemente mi opinión en este asunto.

Empezaré, pues, interrogando á unos y á otros.

¿De qué se trata al proclamar el comunismo? ¿de afirmar *à priori* que la sociedad ha de organizarse en lo futuro en comunidades libres, produciendo cada uno según sus fuerzas y consumiendo según sus necesidades? Pues insisto en mis anteriores afirmaciones y rechazo con todas mis fuerzas el comunismo. ¿Por qué?

1.º Porque dentro de este sistema queda anulada por la masa común la individualidad personal, es decir, queda desconocida nuestra naturaleza, negadas nuestras aspiraciones, ahogadas todas nuestras iniciativas personales, relegado, en fin, el individuo á la categoría de elemento secundario, resorte de la comunidad, esclavo del *todo*.

2.º Porque este sistema desconoce y destruye la evolución social, pasa sobre ella, la aniquila, es decir, niega la organización del trabajo, que es hoy, en embrión, la tendencia de la sociedad, y vuelve por la Revolución á la *anarquía económica*, que es la Reacción.

3.º Porque este principio, el de la comunidad, es incompatible con la anarquía, es decir, desconoce la libertad individual y la libertad general, el derecho, en fin, á que cada individuo y cada entidad colectiva viva y se desenvuelva conforme á sus deseos y aspiraciones.



¿Puede, pues, el comunismo, que es el dogma, ser compatible con la Revolución? En manera alguna.

Carece este principio de las tres condiciones que hemos señalado, y es, por tanto, contradictorio, es opuesto á la ciencia, á la experiencia y á la anarquía, esto es, á la Revolución, = movimiento.

¿Qué es, por el contrario, lo que se propone el colectivismo? Afirma *à priori* también que la sociedad ha de organizarse por la revolución en colectividades libres, quedando á su disposición los elementos primeros de la producción y repartiendo proporcionalmente á los esfuerzos de cada individuo la riqueza creada? Pues rechazo de igual modo el colectivismo (1). ¿Por qué?

1.º Porque, aun á trueque de consagrar nuestra individualidad, nos impone la esclavitud económica, nos supedita á la corporación, á la ley de los más, esto es, nos relega al sistema representativo, transportado de la política á la economía.

2.º Porque aun afirmando la evolución social y consagrándola, deja en pié el derecho de la corporación á legislar y gobernar, á constituirse en un pequeño Estado frente á otros Estados innumerables, sus iguales de derecho, sus rivales de hecho.

3.º Porque interpretando de un modo absoluto las aspiraciones humanas, las afirma á manera de dogma y se contradice con el principio anarquista, que es la Revolución.

Puede decirse que esta es la única razón que me ha llevado á hacer la afirmación que en mi nota anterior aclaro y explico. Por lo demás, si no hiciéramos la afirmación absoluta y dogmática del colectivismo, ¿cómo rechazarlo á la vez que el comunismo?

¿Es, por tanto, el colectivismo compatible con la idea revolucionaria? De ningún modo.

Conforme en principio con la Revolución, la niega en sus conclusiones; tiende, pues, á la Reacción, = quietud.

---

(1) Digo que rechazo el colectivismo, y no digo bien sin una aclaración previa. Yo sí rechazo el colectivismo tal como yo mismo lo he expuesto en otra ocasión y como lo entienden casi todos los anarquistas españoles, mas es en tanto cuanto se trata de elevarlo á dogma del socialismo revolucionario, no como principio opuesto á la idea del comunismo. Yo puedo tener, como cualquiera, cuantas ideas me parezcan bien acerca de la organización del porvenir; pero como revolucionario convencido no puedo en modo alguno crear escuela, proclamar dogmas. Entre el comunismo y el colectivismo, opto siempre por este último; mas entiendo que habiendo traspasado este principio la categoría de principio general de organización, conviene restituirlo á su primitivo estado, quedando, no obstante, libres cuantos así se llamen para aceptar ó no aquella parte en que dicha idea se ha ampliado: tal es el principio de que cada uno reciba una retribución proporcional á sus obras.

Por este medio puede conseguirse únicamente la eliminación del comunismo, pues así entenderán de una vez sus partidarios que son tan dogmáticos como nosotros, y que sólo sacrificando unos y otros todo lo que significa exclusivismo, podremos llegar á la afirmación común de la idea económica en toda su plenitud revolucionaria.

Por lo demás, no renuncio ni renunciaré seguramente al colectivismo, mucho más lógico en todos conceptos que el comunismo.



¿Pero es que realmente son el comunismo y el colectivismo á la manera que los hemos explicado el verdadero concepto económico del socialismo revolucionario? Entiendo que no.

Tanto valdría afirmar que la nueva idea revolucionaria lleva en sí misma la muerte, la Reacción.

Aquí se reduce todo á la misma cuestión de siempre: á que nuestras preocupaciones sociales y nuestras añejas costumbres políticas nos lleven á unos y otros á la afirmación categórica de un molde social.

¿Cómo, si no, no han surgido hasta ahora tales contiendas?

En un principio nadie dudaba, todos afirmaban la Revolución. Luego caímos en la rutina, y todavía nos revolvemos airados unos y otros, sin darnos cuenta de nuestros errores.

Que la distribución de la riqueza se verifique conforme á uno de los dos lemas, *á cada uno el producto íntegro de su trabajo*, es decir, *á cada uno según sus obras*, ó *á cada uno según sus necesidades*; que la producción se verifique trabajando *cada uno para sí y todos para todos*, ó *uno para todos y todos para uno*, son ideas y principios puramente privativos de cada individuo, jamás principio general de la Revolución.

Yo desde luego opto por el principio de la proporcionalidad, porque satisface mejor á la Justicia, en mi concepto, que el de la igualdad absoluta, como creo haber demostrado en el estudio antes referido; ¿pero quiere decir esto que lo afirmo exclusivamente, que trato de imponerlo como escuela, como dogma?

La distribución de la riqueza, así como la producción, el cambio y el consumo son cosas todas que las sociedades futuras han de discutir y establecer conforme les plazca, que para esto la anarquía deja abiertas las puertas á todas las manifestaciones y deseos individuales y sociales.

Por el momento sólo hemos de afirmar principios generales de organización, conformes en un todo con la ciencia, la experiencia y la anarquía, las tres condiciones esenciales de que antes hemos hablado.

Así, pues, tratemos de estos principios generales, que son los que en puridad constituyen las verdaderas aspiraciones del socialismo revolucionario.

La industria, el comercio, la agricultura, las diversas manifestaciones de la vida económica, tienden constantemente á sustituir la organización del trabajo individual por la corporativa, llamada por unos común y por otros colectiva, pero idéntica en el fondo. La gran fábrica mata al pequeño taller; la sociedad anónima al mercader al por menor; la gran propiedad á la pequeña; las grandes máquinas á los vetustos vehículos de mar y tierra, y en todas partes donde la producción moderna toma carta de naturaleza, se vé surgir en donde antes había un hombre, una sociedad. Tal es la evolución social presente, y tal como es la consagra el socialismo revolucionario en nuestros días. De aquí la idea del colectivismo. Y no digo del comunismo porque este es anterior á la evolución social: y comprende además algo que es ajeno á la evolución misma: tal es el principio de la distribución igualitaria.



Me explicaré. El comunismo, pese á quien pese, implica siempre un igualitarismo nivelador,—pretendido por otra parte, pues fácil es comprender que consumiendo cada uno según sus necesidades y siendo estas diversas no puede ser la distribución verdaderamente igualitaria;—implica siempre, digo, un igualitarismo nivelador que no desciende de la abstracción pura á la realidad, y que por tanto, no estando comprendido en la evolución social, pues ésta no comprende á su vez el principio de la distribución, no puede en modo alguno, justificarse por el movimiento económico de nuestros días. El comunismo está, pues, fuera de la realidad.

El colectivismo, en cambio, no es ni más ni menos que la elevación de la tendencia social señalada á la categoría de principio orgánico sin que implique solución alguna en el reparto de la riqueza. Tenemos, pues, que Colectivismo=Organización corporativa del trabajo.

Desafío á los fanáticos del comunismo y del colectivismo á que demuestren lo contrario.

Pero, ¿qué quiere en suma el socialismo moderno y con él la inmensa mayoría del proletariado?

Pues sencillamente esto: la explotación directa y en colectividad de todos los elementos primeros de la producción.

¿Cómo? ¿De qué manera ha de verificarse esta explotación? ¿En qué forma ha de establecerse aquella organización corporativa del trabajo?

Hé ahí una serie de preguntas que implican otra serie de principios de aplicación y que por este motivo no nos corresponde contestar.

¿Contestaríais vosotros si os preguntaran cómo vais á establecer la *Anarquía* el día del triunfo?

Sólo una cosa puede afirmarse y es que esa organización del trabajo ha de ajustarse al principio esencial de todo organismo, á la anarquía; cuestión que implica la primera y la tercera de las condiciones á que ha de satisfacer la idea económica del porvenir; según ya hemos dicho.

Y por esta afirmación es sin duda superior al comunismo, el colectivismo. En efecto; el primero necesita de una organización económica y por esta misma organización perece: en tanto que el segundo implica por sí mismo esa organización y es imposible sin ella. Necesita el primero una organización, porque donde hay que producir, cambiar y consumir es indispensable el contrato, la estadística, la oferta y la demanda y todo esto implica organización. Perece por ella, porque en un sistema tal, contratar, contar, ofrecer y demandar, son cosas que huelgan y si existen destruyen la comunidad, porque esto sería ya vivir en pleno colectivismo productor y consumidor. Implica el segundo esa misma organización, porque para explotar directamente los primeros elementos de la producción, es indispensable el contrato previo que dé realidad á la agrupación explotadora; la estadística que determine la ley á que obedece el trabajo, el cambio y el consumo; la oferta que ponga á disposición de otras agrupaciones los productos sobrantes y la demanda que permita adquirir aquellos productos que otras corporaciones elaboran para el



consumo general. Es imposible sin esta organización el colectivismo, porque no hay medio hábil de explotar los elementos primeros para producir directamente y en agrupaciones fuera de ella.

Si es, pues, necesaria esta organización, si no es posible sin ella la vida económica ¿no habrá un principio general que la sirva de base y garantice á la vez la anarquía? Y si lo hay ¿será preciso que tratemos además de resolver todas las cuestiones de aplicación en ese futuro organismo?

El principio federativo: hé ahí la base de nuestro organismo societario. El contrato: he ahí todo lo que necesitamos.

¿Queréis dar forma previa á ese contrato? Pues caéis en el dogma.

¿Qué importa que la mayoría de los colectivistas sean á la vez partidarios del principio de la proporcionalidad de la retribución al trabajo realizado? ¿Qué importa que el mismo que esto escribe haya sostenido y sostenga que cada uno debe recibir una parte de la riqueza general proporcionada á sus obras?

Esto significa que así como vosotros los comunistas podéis decirnos: «Ya lo sabéis, colectivistas: En la futura organización social nosotros seremos los revolucionarios, si triunfáis, porque jamás nos conformaremos con vuestra teoría de la distribución y tendréis que luchar y luchar sin tregua ni descanso contra la revolución,» así nosotros os decimos: «Tenedlo entendido comunistas. Si triunfáis estaremos siempre enfrente de vosotros, seremos la revolución y contra ella tendréis que batallar constantemente, porque jamás nos conformaremos con vuestra igualdad absoluta, imposible y absurda para nosotros.»

Pero ¿por qué este dualismo prematuro? Porque comunistas y colectivistas elevamos á dogma principios secundarios, medios de aplicación que sólo debe resolver la autonomía de los ciudadanos y de las asociaciones en el porvenir.

Proclamemos todos como programa común la organización federativa del trabajo y la explotación directa y colectiva de los elementos primeros para producir sin prejuzgar nada en los demás problemas de la producción y habremos eliminado el último vestigio de peligro para la Revolución.

Y una vez hecho esto, vosotros los comunistas podréis seguir augurándonos toda clase de peligros, si triunfamos; de la misma manera que nosotros podremos seguir afirmando que con el comunismo la Revolución perecerá si él triunfa. Pero todo esto no será ya cuestión que nos divida en dos bandos diametralmente opuestos y enemigos, sino tan sólo uno de tantos problemas sometidos á la crítica y al estudio de cuantos sienten amor por la Revolución y odio eterno á la Reacción. Que en tanto nosotros discutimos, la ciencia vendrá á prestar nuevos datos y por ellos podremos al fin ponernos de acuerdo y resolver el problema sin dudas y sin vacilaciones.

¡Qué! ¿No se ha visto ya que por el colectivismo se puede llegar al comunismo? Una asociación de agricultores, por ejemplo, llega á orga-



nizarse de tal modo que la diferencia del trabajo realizado por sus individuos se hace imperceptible y entonces, á pesar de dar á cada uno según sus obras, llegan todos á recibir la retribución de su trabajo en partes exactamente iguales. Me diréis que esto no es aún el comunismo, según vuestra teoría, pero yo siempre podré deciros que así el colectivismo llega á realizar la mayor igualdad posible, porque estáis muy lejos de haber demostrado que la igualdad queda satisfecha con vuestro procedimiento, pues os falta probar para ello que las necesidades son iguales en todos los seres.

Con motivo de una huelga de sastres ocurrida hace ya tiempo en un pueblo de Galicia, varios huelguistas establecieron un taller organizado conforme al principio colectivista, y como resultara al poco tiempo, según sus mismas apreciaciones, que el trabajo realizado por cada uno de ellos era equivalente al de los otros, dispusieron repartirse por partes enteramente iguales los productos del trabajo general.

Así, pues, la Revolución está con nosotros y nosotros con ella, porque una vez desterrado el dogma económico, reconocidas las principales aspiraciones del proletariado, y afirmada en toda su pureza la anarquía y el principio orgánico de la producción, no cabe retrogradar, volver á la Reacción. Sólo por el principio de autoridad y por el dogma puede la Revolución anularse, pero destruídos uno y otro, alejados para siempre del socialismo revolucionario, quedan abiertas al porvenir todas las puertas de la libertad, garantizado el movimiento de las ideas y de las cosas, proclamado, en fin, el Progreso en toda la plenitud de su concepto más radical.

La Revolución lo es todo; está en todas partes, vive en todas las sociedades, en todos los seres. La Reacción se le opone: ella será destruída, aniquilada.

La Revolución es ley del mundo y restituirla á todo su poder es nuestro propósito; implantarla para siempre es nuestro intento. Triunfaremos, y al triunfar deben acabar de una vez todas las violencias que la Reacción provoca, deben terminar las luchas de la fuerza, porque la Revolución, intérprete de la Justicia, el Derecho y la Libertad, ha de verificarse constantemente por los medios humanos propios de seres racionales y civilizados. ¡Que los hombres del Porvenir no tengan que apelar á la fuerza, como nosotros, para restablecer el imperio de la Justicia, que es la Revolución!—R. M.

## ECONOMÍA POLÍTICA Y ECONOMÍA ACRÁTICA

### I

LA economía política es la ciencia más inexacta de cuantas existen: ni el dictado de ciencia merece. Fúndase en el egoísmo, el engaño, la ambición, la desconfianza y la injusticia. Tiende á generalizar, por medio de leyes que son otras tantas imposiciones, los principios más absurdos y anti-humanitarios.

La economía acrática, por el contrario, partiendo de la autonomía in-



dividual y del estudio del organismo humano en sus variadas manifestaciones, tiende única y exclusivamente á mantener en todo tiempo la libertad inherente al hombre, para lo cual no se contenta con atacar los dogmas económicos existentes en la actualidad, si que también tiene la misión, por su esencia misma, de impedir que dogmas futuros sustituyan á los presentes.

Aquella es la economía de los políticos, esto es, de los detentadores de la libertad; ésta es la economía de los anarquistas, de los que no admitimos legisladores sobre lo ilegislable. Aquella es la bandera de los que sacrifican el bienestar y hasta la vida de miles de individuos con tal de garantizar un escandaloso sobrante á los que han seguido sus consejos con astucia y fortuna; ésta es el estandarte rojo de los que reclamamos enérgicamente el derecho á la vida y el bienestar para todos los seres humanos.

La primera nada garantiza, ya que el que por ella medra, por ella puede morir; la segunda es una garantía constante del libre desarrollo de todas las facultades individuales.

La economía política enseña al que tiene sobrante el camino que ha de seguir para tener mayor sobrante cada día. Con tal de llegar á este resultado, no titubea en hollar los principios más fundamentales de la naturaleza, en prostituir á la ciencia y en sumir en una miseria espantosa á los mismos que han de garantizar con su trabajo, su sangre y sus privaciones, el bienestar de sus satisfechos protegidos.

La economía acrática, tan generosa como la otra servil, tan lógica como la otra inconsecuente, tan científica como la otra sofística, se contenta con reclamar la estricta aplicación de las leyes de la naturaleza, ya que en ella vivimos, y de ella somos hijos, y por sus mismas leyes nos regimos. Estas leyes se manifiestan de distintos modos, favorables unas veces, adversas otras. La misma ley de la fermentación que nos da el pan y el vino, origina la putrefacción y las epidemias. La misma ley de inercia que asegura nuestras habitaciones, nos hace difícil arrancar á las minas sus tesoros minerales, á las selvas sus riquezas vegetales. El mismo viento que hincha las velas de los barcos y nos ayuda á surcar los mares, produce ciclones y temporales que destrozan. La misma evaporación que engendra las lluvias y fertiliza nuestros campos, es la que origina el pedrisco que destruye nuestras cosechas. El mismo arsénico que nos cura en pequeñas dosis, nos mata tomado en mayor cantidad. Por doquier, envuelto en un origen de vida, encontramos un origen de muerte.

El animal, hasta el de organización más sencilla, lucha por la existencia, á cuyo efecto se defiende contra los agentes exteriores que le son contrarios y se aprovecha de los que son útiles para la vida y el desarrollo de sus facultades. El hombre, materia organizada y pensante, tiene el deber de luchar contra las manifestaciones adversas de la ley natural, á la vez que el derecho de aprovecharse de las que le son favorables, es decir, el deber de trabajar y el derecho de consumir. Pues bien, la eco-



nomía política reserva los derechos á unos pocos y los deberes á la mayoría de la humanidad.

En el próximo artículo demostraremos que la economía acrática, dentro del terreno científico, armoniza la libertad individual con el equitativo reparto de derechos y deberes.—T.

## LOS PRODUCTOS DE LA TIERRA

### I

CUANDO uno examina imparcialmente la sociedad actual se queda sorprendido del contraste horroroso que presenta: de un lado, la burguesía repleta de bienes, viviendo en la opulencia; del otro, la masa proletaria en la esclavitud, sufriendo en la pobreza ó corrompida en la miseria. En ninguna época fué este contraste más doloroso que en la presente. En efecto, jamás la humanidad ha dispuesto de medios tan fuertes para resolver el cruel problema y jamás ha parecido también desinteresarse completamente de esta solución, de suyo tan necesaria.

Esto es triste decirlo, pero parece que, bajo el punto de vista social, todo el que tiene inteligencia y voluntad se halla completamente reducido á la impotencia.

Es en vano que la ciencia, marchando á paso de gigante, descubra cada día nuevas leyes, realice alguna invención útil; á medida que el progreso se efectúa en todos los dominios materiales, el estado social se agrava. Los ingenieros, abriendo los sistemas y las montañas; los médicos, arrancando á la naturaleza el secreto de la vida; los filósofos sondeando las profundidades del yo, nos devuelven la personalidad humana; de todas partes los trabajadores intelectuales trayendo su piedra al monumento común, construyendo nuevos edificios; y á pesar de estos adelantos en artes y ciencias, el estado de la sociedad continúa empeorándose; la cruel excisión va acentuándose entre el rico y el pobre, á despecho de todos los progresos realizados, la miseria se cierne más que nunca sobre la clase proletaria.

¿Por qué es esto así? ¿Por qué nuestra época, que es el siglo de los perfeccionamientos y de los grandes inventos, es también la del hambre y de la miseria? ¿Por qué de esta magnífica florecencia de las ciencias, de las letras y de las artes no sale nada que haga avanzar la solución de la cuestión social? ¿Por qué, á medida que realizamos alguna nueva conquista material, vemos alejarse más que aproximarse el momento que debe establecer el equilibrio entre los hombres? ¿Por qué, en una palabra, siendo más instruídos, más hábiles y más fuertes, somos al mismo tiempo más impotentes delante de las reformas que se imponen?

Es que, en realidad, todos los progresos que se realizan en el dominio material son acaparados por unos cuantos, en detrimento de la sociedad entera; las conquistas de la ciencia, lejos de ser útiles á la humanidad en general, aprovechan exclusivamente á las clases ricas.

Examinando superficialmente el grande movimiento científico é industrial que acusa nuestro siglo, podemos hacernos la ilusión acerca de los resultados de este movimiento y creer que él trae á cada uno de nosotros una más grande suma de bienestar. Ciertamente que es agradable pensar que nuestros ingenieros han podido, á fuerza de genio y voluntad, surcar el mundo de una inmensa cinta de hierro y hacer ascender asimismo por los montes su negra locomotora. Es esto un buen triunfo de la inteligencia humana sobre la materia. Pero, en definitiva, ¿qué gran provecho sacamos nosotros de esta creación magnífica? Científicamente, admiramos los ferrocarriles; socialmente, estamos obligados á reconocer que,



sobre todo, han servido para constituir odiosos monopolios. Es verdad que nos permiten trasladarnos muy rápidamente; pero ¿á qué punto esta facilidad de mutación puede mejorar nuestra suerte de proletarios, si de otra parte el progreso que resulta de este nuevo modo de locomoción sirve para constituir delante de nosotros una aristocracia que nos aniquila? ¿Por qué es esto, en realidad, lo que tiene lugar en la práctica? Calculad lo que se ha gastado de fuerza y voluntad para preparar las vías, poner los rails, abrir los túneles, construir los puentes y los viaductos de vasta red trans-terrestre é imaginaos que este inmenso esfuerzo que debía dotarnos de un gran medio de civilización, sólo ha servido para enriquecer á poderosas compañías financieras. Ellas se han constituido formidablemente en frente de nosotros, oh proletarios; ellas detentan estos admirables instrumentos, las vías férreas, y ellas las explotan, no en interés de todos, sino al más grande provecho de sus individuos. Hé ahí, pues, en definitiva, el resultado de una de las más bellas creaciones del genio científico; y esta obra, que debería constituir un medio de progreso, ha degenerado en un instrumento de reacción y de explotación aristocrática.

Esto, que es verdad respecto á los ferrocarriles, lo es también en cuanto á la mayor parte de las grandes invenciones de este siglo; si pasamos revista á todos los descubrimientos debidos al genio industrial, podremos demostrar que el haber material de la humanidad no ha sido aumentado más que para el bienestar de una clase. Tomada en conjunto, la sociedad no ha ganado casi nada de los inmensos progresos realizados durante el último período. Telégrafos, ferrocarriles y vapores, máquinas de todas clases, no han aumentado, ni siquiera débilmente, el bienestar de aquellos que sufren, y proporcionalmente, hay quizá más pobres y míseros actualmente que cuando todas estas bellas y provechosas invenciones no existían.

Ahora bien; es una vergüenza y una infamia. Es evidente que todos los medios nuevos que la ciencia nos ha proporcionado, han centuplicado y más que centuplicado la fuerza y la potencia del hombre. Pues si la sociedad no quiere utilizar esta fuerza que tiene entre manos para realizar el bienestar de todos sus miembros; si, madrastra cruel, no quiere alimentar igualmente á todos sus hijos, es que su organización es viciosa. Todos aquellos que han repartido la inteligencia y el saber, deberían sonrojarse al ver los trabajos del genio humano tender en definitiva á la impotencia social.

Los economistas burgueses nos dicen, es verdad, que no puede ser otra cosa y que la sociedad está fatalmente entregada á «concurrència vital.» Hoy día apelan á este cliché, como único recurso, para justificar todas las opresiones y legitimar todas las injusticias. Antes invocaban el derecho divino; ahora apelan á la «lucha por la existencia.» ¡Ah! cierto; esta lucha existe, en efecto; y jamás fué perseguida con más encarnizamiento y cólera. Como dijo há ya tiempo Malthus, «en el gran banquete de la sociedad actual no hay asiento para el pobre.» Pero ¿debe ser forzosamente así? ¿y estaremos nosotros condenados, como los animales que no tienen nada para su subsistencia, á devorarnos los unos á los otros? Esta vieja tierra que nosotros hemos rejuvenecido con nuestro sudor y que fertilizaremos indefinidamente ¿no puede darnos abundantemente todo aquello que nos es necesario, y sin que sea obligatorio haya una parte de la humanidad que sufra y muera de hambre para que la otra pueda vivir? ¡No, mil veces no! No es así; y la concurrència vital no es una ley fatal. Es sólo un artificio para hacer durar la cruel lucha por la existencia; pero esto concluirá por una revolución que remueva la sociedad entera.



Debe advertirse que la organización social actual limita considerablemente la producción de la tierra. La propiedad individual, bajo cualquier forma que la consideremos, es un obstáculo á la cultura científica y racional, tal cual los progresos realizados en este siglo permiten aplicarla.

En efecto, la grande propiedad es funesta porque esteriliza una parte del suelo, dado que está confiada á las manos inhábiles de una aristocracia financiera que, incapaz de cultivarse á sí misma, mucho menos puede tratar á la tierra como se debe. Y lo mismo sucede á la pequeña propiedad, pues ésta no da lugar á que los esfuerzos individuales, desiguales y faltos de cohesión, los cuales producirían más si estuvieran dirigidos hacia un fin común por una armonía colectiva, puedan desarrollarse.

Por otra parte, la actual división del suelo, con esos millones de cotos y lindes entremezclados, y las servidumbres que esto entraña disminuye considerablemente la superficie cultivada, pudiendo calcularse en ciertos países en una cuadragésima parte de buenos terrenos perdidos por esta razón para el cultivo.

De esta suerte compréndese fácilmente lo que llegará á ser mañana la propiedad, si desapareciera la privada para hacer lugar á la colectiva. Al presente cada poseedor hace de sus feudos lo que mejor le place, sin inquietarse para nada de la sociedad en que está obligado á vivir. Si, por ejemplo, á un grande propietario se le antoja transformar en vastos territorios de caza los campos dedicados á la siembra, despide á sus colonos y convierte frecuentemente en desierto muchos centenares de áreas.

Siguiendo su capricho, cultiva ó no su tierra, y la mayor parte del tiempo, si la explota él mismo, la explota mal, porque no conoce otra cosa que la rutina secular.

La supresión de todos los lindes y barreras artificiales que limitan los campos haría inmediatamente disponible un vasto espacio de tierra, que hoy es absolutamente improductiva, encontrándose así notablemente aumentado el total de las cosechas y beneficiada la humanidad.

Sin embargo, no sería esta, por grande que fuera, la principal ventaja de la evolución social que esperamos, puesto que no solamente la superficie cultivable aumentaría, sino que se centuplicaría la producción, aplicándole los métodos racionales y científicos. En la actualidad estamos aún en el período bárbaro de la cultura extensiva, y todos los agricultores inteligentes reconocen que para que la tierra nos proporcione todo lo que debe suministrar es necesario adoptar los procedimientos de la cultura intensiva.

De donde lógicamente se deduce que para la aplicación de estos procedimientos no hay ninguna forma más á propósito que la propiedad colectiva, puesto que ésta agruparía todas las fuerzas de los agricultores, diseminadas hoy día.

Nosotros sabemos, pues que lo vemos en la industria, hasta qué punto aumenta la fuerza productora con el agrupamiento de los obreros en las grandes fábricas donde todo se hace con arreglo á las leyes científicas. En su consecuencia podemos representarnos aproximadamente lo que produciría la tierra si estuviese explotada por asociaciones de hombres libres que, en lugar de gastar aisladamente sus esfuerzos, los aplicaran á un trabajo científicamente combinado. Esta agrupación de trabajadores agrícolas daría los más excelentes resultados en pro de la producción, y con mucho menos trabajo los agricultores harían rendir al suelo muchí-



simo más que al presente. Una mejor utilización de los abonos naturales bastaría solamente á asegurar este resultado.

Los fértiles aluviones que arrastran los grandes ríos, y que podrían centuplicar las fuerzas productivas de nuestras tierras, se pierden por millones de metros cúbicos, los cuales no se utilizarán seguramente mientras exista la propiedad privada, obstáculo que se opone además á la facilidad de los medios de transporte para los productos del suelo.

Esto demuestra perfectamente la imperiosa necesidad de que desaparezca la propiedad privada; y ese día, la tierra, esta vieja tierra que ya conocemos algo, nos dará admirables cosechas, y no volveremos á oír que el pan falta por la multitud de los *hambrientos*.

Pero se nos dirá que estamos haciendo el cuadro de una agricultura imposible, y que, por el momento la cultura intensiva sólo es realizable en algunas regiones. Separemos, pues, esta *utopia*; miremos únicamente la situación actual, y si la tierra, tal como hoy es cultivada produce lo bastante á satisfacer todas las necesidades y cada cual puede obtener frutos con arreglo á ellas.

Para negar esto nos es suficiente consultar las estadísticas y agrupar las principales cifras que arrojan éstas.

### III

En el estado actual de la ciencia nos es imposible evaluar exactamente la cantidad total de los productos de la tierra: en efecto, la falta de estadísticas y datos de un gran número de países no permiten ni hipotéticamente calcular con aproximación las producciones. Para establecer, pues, un cuadro algo preciso de los recursos alimenticios que el hombre posee, es necesario eliminar de sus averiguaciones las noticias estadísticas, por las innumerables contradicciones en que éstas incurren.

En virtud de esto, sólo hemos podido tomar como base de este estudio los dos grupos de países del mundo más conocidos: Europa y los Estados-Unidos. Estos dos grupos comprenden solamente una población de 368.676,000 habitantes; es decir, poco más de la cuarta parte de la población total del globo.

Obligados á limitar nuestro estudio de valuación de productos á una fracción de la humanidad, resultará éste muy incompleto, pero hay que tener en cuenta que las naciones donde vamos á estudiar los recursos alimenticios son las que al presente aparecen como más civilizadas, y donde tiene su asiento principal la miseria de los trabajadores, presentándose, por consiguiente, más pavorosa la resolución de la cuestión social. Al ocuparnos, de Europa y de los Estados-Unidos tratamos la parte más importante de la humanidad, y por inducción nos será posible extender al resto del mundo las conclusiones que de este estudio deduzcamos.

Réstanos añadir una palabra más acerca de las dificultades con que hemos tropezado para realizar nuestro trabajo. A pesar de las innumerables pesquisas á que hemos recurrido, nos ha sido imposible encontrar en las estadísticas las cifras exactas que nos eran necesarias, viéndonos obligados á suplir esta insuficiencia oficial por los cálculos indirectos, hechos, sin embargo, con todo el cuidado é imparcialidad posible, y omitiendo toda exageración, aunque pudiera beneficiarnos.

Esto sentado, entremos en el examen de la cuestión social, que es nuestro objeto.

Entre la variedad de productos de la tierra, los más importantes ciertamente son los que sirven para la confección del pan: empecemos, pues, nuestras evaluaciones por los cereales. Hé aquí, con arreglo á las estadísticas oficiales, la producción, por término medio, de los cerea-



les (1), en Europa (2) y Estados-Unidos de 1878 á 1882 (no comprendiendo la cantidad destinada á la sementera):

	QUINTALES
Trigos. . . . .	470.000,000
Centeno. . . . .	333.000,000
Cebada (3). . . . .	152.000,000
Avena. . . . .	203.000,000
Maíz. . . . .	524.000,000
Otros cereales. . . . .	10.000,000
TOTAL. . . . .	1,692.000,000

Son, por tanto, *mil seiscientos noventa y dos millones de quintales de cereales* los que los habitantes de Europa y de los Estados-Unidos tienen á su disposición. ¿Qué cantidad de pan representa esta enormidad de materias nutritivas?

Por lo expuesto respecto al trigo es fácil hacer el cálculo. Según M. Grandeau, director de la estación agrónoma del Este, un quintal de trigo, transformado en harina, da 109 kilogramos 200 gramos de pan blanco. Teniendo en cuenta esta tasa, los 470 millones de quintales de trigo producidos anualmente en Europa y los Estados-Unidos representan 51,324.000,000 de kilogramos de pan.

Respecto de los demás cereales no conocemos la relación en que pueden concurrir á la producción del pan. Todo lo más que podemos afirmar es que con un quintal de cualquier clase de cereales es posible hacer la misma cantidad de pan; sobre todo sirviéndose de harina no tamizada, que da, según dictamen de los más reputados higienistas, el pan más nutritivo. Puédese, pues, considerar como representación del pan la cifra que acusa la producción cereal.

Fijado este primer punto, estudiemos otro orden de productos, que entran por mucho en la alimentación: las legumbres secas y los granos (guisantes, judías, habas, lentejas, arroz, etc.), las patatas, las legumbres verdes y las frutas de todas clases.

En lo que concierne á las legumbres secas y los granos, tenemos cifras exactas; no así cuanto á las legumbres verdes y frutas, que no nos ha sido posible adquirir: procedamos por inducción.

El cuadro siguiente puede, sin embargo, considerarse como real, puesto que sus evaluaciones son más bien bajas que altas:

*Producción media de legumbres y frutas en Europa y los Estados-Unidos  
(1875-1882)*

	QUINTALES
Legumbres secas. . . . .	110.000,000
Patatas. . . . .	748.000,000
Legumbres verdes. . . . .	225.000,000
Frutas. . . . .	250.000,000
TOTAL. . . . .	1,333.000,000

(1) Las cantidades de las estadísticas oficiales están representadas en hectólitros: nosotros las hemos reducido á quintales, con arreglo á las bases siguientes:

1 hectómetro de trigo. . . . .	= 76 kilogramos.
1 id. de centeno. . . . .	= 73 "
1 id. de cebada. . . . .	= 63 "
1 id. de avena. . . . .	= 45 "
1 id. de trigo negro. . . . .	= 59 "

(2) No están comprendidas Turquía, Servia y el Montenegro.

(3) En los cálculos de la cebada, avena y maíz, no se incluyen los 100 millones de quintales que consumen los animales de los cortijos.



Falta incluir en este total la cantidad de quintales 18.384,290 que representa la producción del azúcar de remolacha.

Después de haber pasado revista á las diversas producciones vegetales, evaluemos los productos animales, empezando por la carne.

Ninguna estadística oficial, por nosotros conocida, indica las cantidades de este alimento vendidas en los mercados de Europa y los Estados-Unidos, sin embargo, pueden llegar á calcularse de una manera muy aproximada.

Hé aquí el número de cabezas de ganado poseídas por los agricultores europeos y americanos á fines de 1881:

	CABEZAS
Bueyes y vacas. . . . .	132.943,697
Carneros. . . . .	232.477,765
Cerdos. . . . .	86.836,272
Cabras. . . . .	17.917,901
Animales de corral. . . . .	380.000,000
TOTAL. . . . .	850.175,635

Estas cifras expresan la proporción media de cabezas que pueden matarse anualmente, que son:

Bueyes. . . . .	17 por 100
Carneros. . . . .	22 por 100
Cerdos. . . . .	75 por 100
Cabras. . . . .	8 por 100
Animales de corral: gallinas, conejos, etc.	90 por 100

Por otra parte, se sabe, que por término medio (muy bajo), dan las cantidades siguientes en carne:

Bueyes y vacas. . . . .	250 kilos.
Carneros. . . . .	20 »
Cerdos. . . . .	88 »
Cabras. . . . .	17 »
Animales de corral. . . . .	1 »

Lo cual permite hacer el cuadro siguiente:

*Término medio de los animales muertos para la alimentación y producto de éstos en Europa y los Estados-Unidos (1875-1882).*

	NÚMERO	CARNE
Bueyes y vacas. . . . .	22.600,429	5,650.107,250 kilos.
Carneros. . . . .	51.145,109	1,022.002,160 »
Cerdos. . . . .	61.653,753	5,425.530,264 »
Cabras. . . . .	1.433,432	24.368,344 »
Animales de corral. . . . .	342.000,000	342.000,000 »
TOTAL. . . . .	478.832,723	12,464.908,018 kilos.

Por consiguiente, la producción anual de carne, en números redondos, es de 12,464.908,018 kilos. Falta incluir en este total, muy bajo de la realidad, el número que representa la caza de toda especie que proporciona su contingente al consumo; desgraciadamente no hemos podido procurarnos las cifras relativas á esta importante parte de la alimentación, muy digna de tenerse en cuenta.

Tampoco deben olvidarse, entre los productos animales, la leche, la manteca de vaca y el queso, que forman gran parte del haber alimenticio humano.



Como también respecto de estos productos carecemos de cifras exactas, tenemos que calcular la cantidad de leche producida en Europa y los Estados-Unidos, basándonos en el número de vacas que estos países poseen. Suponiendo dos litros y medio de leche por día (término bajo), hay anualmente una producción de 55,400.000,000 litros; y como un litro de leche pesa aproximadamente un kilogramo, resultan kilos de leche 55,400.000,000, que vienen á representar en queso 11,080.000,000 kilos.

Fáltanos citar otro producto de importancia: los huevos. En los países de que vamos haciendo mención se consumen en cantidad enorme, pues solamente Francia produce cerca de 2,000.000,000. Basándonos en el número de gallinas y demás aves que arrojan las estadísticas, hemos llegado á calcular en 11,220.000,000 el número de huevos producidos entre las diversas naciones de Europa y los Estados-Unidos. Suponiendo ahora que un huevo pesa, por término medio, 62 gramos, tendremos que la suma total de la sustancia alimenticia se halla enriquecida con un peso de 701.250,000 kilogramos.

Réstanos estudiar otra clase de productos animales, los que suministra la pesca. Estos llenan un gran papel en la alimentación, pudiendo formarse una idea aproximada de su gran importancia por el número de hombres empleados en la pesca marítima. Solamente Noruega tiene 80,000 pescadores; Francia, 83,840; Inglaterra, 120,000; siendo aún más considerable el número de los trabajadores dedicados á esa industria que cuentan los Estados-Unidos.

Los pescadores de estos diversos países recogen todos los años abundante cantidad de peces y otros animales marítimos comestibles, siendo bajo este punto de vista Noruega la más importante, que suministra 900.000,000 de kilogramos; siguen los Estados-Unidos con más de 500.000,000 y Francia 200.000,000.

Las estadísticas que hemos consultado no dan la producción total de pesca en todos los países á que nos referimos, ni contienen, entre otros, ningún detalle acerca de la pesca fluvial y lacustre de tan notoria importancia en algunas regiones.

Sirviéndonos de los datos incompletos que hemos podido reunir, y procediendo lógicamente por aproximación, hemos encontrado el resultado que sigue:

Término medio de los productos de la pesca marítima, fluvial y lacustre en Europa y los Estados-Unidos, 3,700.000,000 kilos.

Si quisiéramos ser absolutamente completos, restaríamos aún evaluar cierto número de productos, tales como la miel, los aceites comestibles, la carne de caballo y otros muchos productos animales ó vegetales de uso local, de los cuales no hemos hablado por no ser posible reducirlos á cifras exactas. Pero como quiera que éstos tienen una importancia secundaria en la alimentación, los pasaremos en silencio.

Dejemos también á un lado las bebidas alcohólicas, cervezas, sidra, alcohol y licores, que son extractos de productos ya anotados anteriormente, y anotemos sencillamente, para concluir, la producción del vino, ya que las uvas empleadas en su fabricación no figuran en nuestro cuadro estadístico.

La producción media del vino en Europa y los Estados-Unidos (1887-82) ha sido de 11,000.000,000 de litros.

#### IV

Si agrupamos por categorías las cifras estadísticas que hemos detallado en el anterior artículo, obtenemos el cuadro siguiente:



*Producción total de las sustancias alimenticias disponibles en Europa  
y los Estados-Unidos. (Término medio de 1875-1882.)*

	KILOS
Pan de trigo. . . . .	51,324.000,000
Pan de otros cereales. . . . .	121,400.000,000
Legumbres y frutas diversas. . . . .	133,300.000,000
Azúcar de remolacha (sin melaza). . . . .	1,838.429,000
Carnes diversas. . . . .	12,464.908,000
Leche. . . . .	55,400.000,000
Huevos. . . . .	701.250,000
Peces, moluscos, etc. . . . .	3,700.000,000
TOTAL. . . . .	380,128.587,000
Vino. . . . . litros.	11,272.291,000

Es, pues, la enorme cifra de *trescientos ochenta mil ciento veintiocho millones quinientos ochenta y siete mil kilogramos*, sin contar el vino, á lo que se eleva anualmente la renta alimenticia de Europa y los Estados-Unidos. Las personas que están acostumbradas á leer en los periódicos y libros que no sobran víveres para todo el mundo, y que necesariamente se han de aceptar las duras leyes de la naturaleza, estas personas, decimos, sin duda encontrarán esta cifra demasiado elevada; pero, lo repetimos, es probablemente inferior á la realidad, pues las estadísticas oficiales, sobre las cuales hemos basado nuestros cálculos, generalmente dan evaluaciones pequeñas. Tomamos, pues, este total todo lo más como un *mínimum*, y vamos á ver lo que representa la riqueza alimenticia por lo que toca á la población.

Hemos dicho antes que la población de Europa y de los Estados-Unidos era á fines de 1881 de 368.676,000 personas. Si dividimos por esta última cifra cada una de las que están en el cuadro arriba trazado, encontramos los resultados siguientes:

*Cantidades de sustancias alimenticias por habitante*

	KILOS
Pan de trigo. . . . .	139
Pan de otros cereales. . . . .	322
Legumbres y frutos diversos. . . . .	361
Azúcar de remolacha. . . . .	5
Carnes diversas. . . . .	34
Leche. . . . .	160
Huevos. . . . .	2
Peces, moluscos, etc. . . . .	10
TOTAL. . . . .	1,033
Vino. . . . . litros.	30

Este total de 1,033 kilogramos de alimentos sólidos y de 30 litros de vino, ¿es necesario á la población de la cual estudiamos las necesidades? Para responder á esta cuestión vamos á exponer algunos datos científicos.

Después de los muchos trabajos que se han escrito sobre la cuestión alimenticia, se sabe que el hombre, para vivir normalmente, debe absorber cierta cantidad de sustancias ternales (hidro carbonadas y carbohidratadas) y sustancias cuaternarias (productos azoados) cuya combinación constituye la ración fisiológica, ó ración de manutención. Esta ra-



ción se puede componer de muchísimas maneras, utilizando la infinidad de productos vegetales y animales, pero que sean los elementos, y se lleva á las proporciones siguientes de sustancias tomadas en las dos clases de alimentos fisiológicos (los cuerpos ternales y cuaternarios):

- 1,000 gramos de alimentos ricos en carbono (pan, legumbres ú otros).
- 300 gramos de alimentos ricos en ázoe (carne, queso, huevos ó legumbres azoadas).

Son, pues, 1,300 gramos de alimentos sólidos los que al hombre adulto le faltan diariamente para vivir en buena salud. Esta cifra no representa, bien entendido, sino un término medio; pero un término medio bastante grande, pues entre los jóvenes hay muchos que tienen necesidad de una ración más considerable, y es evidente que la mayor parte de ancianos, hombres y mujeres consumen diariamente mucho menos.

Sin embargo, sea de esto lo que se quiera, supongamos que cada habitante del grupo de población que nos ocupamos debe consumir, por término medio, una ración de 1.300 gramos de alimentos por día; esto representa cada año 365 kilos de pan ó análogos y 109 kilos de carnes ó análogos; total, 474 kilos de sustancias diversas.

Cuatrocientos setenta y cuatro kilogramos: tal, es pues, la cantidad de alimentos necesarios á cada hombre en un año. Si nos referimos á la suma total de las producciones alimenticias arriba expresadas, se ve que las necesidades de la población de Europa y los Estados Unidos pueden ser largamente satisfechas. Les faltan á los habitantes de estas regiones (suponiendo asimismo que todos ellos tienen necesidad de la ración de un adulto, que no es así), 474 kilogramos de sustancias nutritivas por habitante y por año. La tierra benéfica suministra 1.033 kilogramos, es decir, más del doble de la cantidad necesaria, aunque sean 500 kilogramos la ración anual de 474 kilogramos, que ciertamente es suficiente.

Y si otra vez aún se quiere uno fijar bien en las cifras que arriba hemos agrupado, se verá que los diversos productos que constituyen las fuentes de la alimentación son tales, que, combinándolos, es posible obtener á la vez el más rico y variado alimento. Además, algunos de entre ellos, que son por sí mismos lo que se llama en fisiología «un alimento completo», son tan considerables, que en rigor, bastan á las estrictas necesidades de la humanidad. Por ejemplo, con los cereales solos (trigos y otros), productos ricos á la vez carbo-hidratados, hidro-carbonados y en principios azoados, sería posible alimentar en caso de necesidad los 368.676,000 de habitantes de Europa y los Estados-Unidos si se hiciera el pan con la harina *imblutée* recomendada por Liebig. Añádanse los cereales, las legumbres y las frutas, sin recurrir á los productos animales, que aumentan notablemente la riqueza alimenticia del hombre, y se puede ver que con las producciones vegetales solas hay suficiente para subvenir á su manutención, variándolas según los lugares, los climas y las circunstancias.

Las conclusiones fatalmente confirmadas serán aun mucho más patentes si comparamos las cifras que representan la ración y la producción alimenticia, no sólo por habitante, sino para la población en conjunto, después de haber visto anteriormente que la ración anual de cada hombre debe ser de 474 kilogramos de sustancias alimenticias diversas para la población de Europa y los Estados-Unidos; esta ración se eleva, pues, á 474 kilogramos que, multiplicados por 368.676,000, dan kilogramos 174,752.424,000. Tomando el total del primer cuadro estadístico y comparándolo con éste, se obtiene en definitiva el resultado siguiente:



Cantidad de sustancias alimenticias producidas anualmente. . . . .	381,128.587,000 kilogramos
Cantidad necesaria para la alimentación	174,752.424,000 »
Diferencia de más. . . . .	206.376.163.000 kilogramos

Así, pues, hay, además de la ración anual indispensable, más de 206 millones de kilogramos de sustancias alimenticias que pueden ser utilizadas. ¿De qué viene este excedente considerable? ¿Qué vientres monstruosos devoran esta inmensa masa de alimentación que basta para alimentar á más de 435 millones de hombres fuera de Europa y los Estados-Unidos? Vamos á ensayar el manifestarlo, basándonos á la vez sobre los datos de la estadística y sobre las indicaciones que pueden suministrarlos las costumbres sociales cuyo espectáculo tenemos diariamente á la vista.

## v

Una parte de los 206 millones de kilogramos que forman el excedente de que se trata se emplea evidentemente en la industria para la fabricación de ciertos productos químicos, pero esta cantidad es poco importante. Mayor aun es la que absorbe todos los años la fabricación de las bebidas alcohólicas (licores, cerveza, etc.), sin que, sin embargo, sea exorbitante, pues sólo asciende á 14,801.000,000 de kilogramos en Europa y los Estados-Unidos.

La manutención de los animales consume otra parte de los 206 millones, puesto que en muchos países á los de corral les alimentan con cebada, maíz ó raíces alimenticias, no siendo posible evaluar con exactitud lo que consumen; pero, en vista de su número, y calculando los que se crían con forraje y otros productos análogos, exceptuando los cerdos y gallinas, puede asegurarse que no consumen más de 50 millones de kilogramos de sustancias alimenticias.

Supongamos, pues, que la cantidad total absorbida por la industria, fabricación de bebidas y alimentación de ciertos animales se eleva á 100 millones de kilogramos; aun admitida esta cifra, indudablemente exagerada, resta un sobrante de 106 millones de kilogramos de materias nutritivas, suficientes para alimentar á más de 220 millones de hombres. ¿En qué se emplea esta enorme cantidad de alimentos? Indudablemente se derrocha y despilfarra de la manera más escandalosa, como nos será fácil demostrar.

Desde luego nadie ignora que una gran parte de los productos de la tierra se pierden en los mismos puntos en que debieran cosecharse, sobre todo los frutos, sucediendo lo mismo con los agrícolas en ciertas regiones, donde por falta de vías de comunicación los cultivadores tienen que dejar se pudra una gran parte de su cosecha, por no poder darla salida ni utilizarla de ningún modo.

Este hecho está confirmado por un gran número de viajeros, y de ello dan testimonio algunos pueblos de la misma Europa. En Francia, en casi todas las regiones huérfanas de ferrocarriles, se verifica éste fenómeno, sucediendo lo mismo en Cerdeña, donde extensos bosques de naranjos resultan perdidos á causa de su distancia á las costas.

Y si de Europa pasamos á los Estados-Unidos, nos encontraremos con que los cereales se echan á perder por no poderles facilitar salida, explicándose así el que el maíz, que es abundantísimo, se emplee como *combustible*.

Si este estúpido derroche tiene lugar es debido únicamente á la inverosímil organización social en que vivimos, pues con sólo aplicar los millones que se gastan anualmente en los presupuestos de guerra á la



construcción de caminos y vías férreas se multiplicarían éstas en poco, tiempo y se facilitaría así la traslación de los productos agrícolas.

Sin embargo, este despilfarro es insignificante comparado con otros más onerosos. Si el productor derrocha por necesidad, el negociante, el intermediario que revende á los consumidores lo hace por su insaciable deseo de lucro. Con el afán de aguardar un alza, de la cual se prometen pingües beneficios, los acaparadores dejan averiarse todos los años millones de kilogramos de cereales ó de otras legumbres.

Por lo demás, muchos productos, á causa de su carestía, no encuentran inmediata salida, perdiéndose antes que se puedan vender, lo cual es muy común en casi todos los almacenes.

Esto, que fué comenzado por los productores y traficantes, lo ha perfeccionado cierta clase de comerciantes, siendo indudablemente los que más contribuyen con sus exigencias á que se malversen grandes cantidades de sustancias alimenticias.

Ninguna estadística ha calculado ni podrá calcular lo que de estas sustancias se gasta inútilmente por efecto de los inmoderados placeres á que se entregan las clases ricas; pero no es menester que se consignent para comprender perfectamente el exceso; ellas se sacian y hartan, con perjuicio de la propia salud y del bienestar de los que las rodean.

Pero todavía esto no sería mucho, porque, al fin y al cabo, tiene sus límites, si no fuera porque hay que añadir las cantidades que sustraen del haber alimenticio humano para dedicarlo á los animales de lujo.

Por nuestra parte, hemos conocido un opulento propietario que se encontraba en este caso, y podemos dar cuenta de lo que este individuo arrebatava cada año á sus semejantes. Este, proletario enriquecido, quería darse importancia y poseía una jauría de cien perros de diversas castas, para alimentar á los cuales gastaba diariamente, además de una gran cantidad de leche, más de 100 kilogramos de pan y de carne, calculándose que con ésta hubieran podido vivir desahogadamente más de ciento veinte personas; entre tanto los labradores de su propiedad vivían en un estado próximo á la miseria.

Y no se crea que este es un hecho excepcional; en los mismos países donde la propiedad se encuentra dividida ocurre con frecuencia. En cuanto á las regiones donde subsiste aún la grande propiedad, Inglaterra, Austria, Rusia y Alemania, casi constituye una regla; sabido es que la aristocracia tiene apasionamiento por la caza y las carreras: pues bien, con lo que ella derrocha con sus caballos y perros se podrían alimentar todos los desgraciados que sufren hambre y miseria.

Todavía, si no fuera más que esto, podríamos en rigor cerrar los ojos, deplorando tal pérdida; pero desgraciadamente no es solamente en esta superfluidad donde se consume una gran parte del excedente alimenticio, sino lo que es peor, que otra también considerable hay precisión de arrojarla en los sumideros.

Hemos llegado al término de este estudio, habiendo agotado toda clase de trabajos á fin de hacerle tan exacto como fuera posible. Después de las cifras conocidas y de las consecuencias que de ellas se deducen, no creemos sea posible escapar á esta terrible conclusión: si millones de seres sufren hambre y viven en la miseria, no es porque falten productos alimenticios, sino porque éstos se despilfarran de la manera más odiosa.

Lo mismo en el período bárbaro de la agricultura extensiva, en que aun se hallan la mayor parte de los países, que cuando ésta tenga un desarrollo científico, la tierra benéfica suministra el doble de sustancias que nos serían necesarias para vivir en la abundancia.

La solución de la cuestión social no es, pues, imposible como repiten



diariamente los publicistas burgueses, que tienen interés en hacerlo creer así; en definitiva, sólo es necesario variar la forma de la repartición de los productos de la tierra.

Hasta el presente, las clases directoras se han echado atrás ante esta solución, que las obligaría á abandonar sus monstruosos privilegios; deseosas de perpetuar su odiosa dominación, fingen actualmente no oír los millares de voces que piden pan y cierran los oídos á las justas reivindicaciones que se elevan del seno del pueblo.

Ellas creen, sin duda, en su nefando orgullo, que podrán entretener indefinidamente á los proletarios con vanas promesas de reformas legislativas; pero la inevitable Revolución se realizará en sentido contrario, y contra todos, pues es imposible contener mucho tiempo á un pueblo que tiene hambre y conoce el origen de su miseria.

Que se desengañe, pues, la burguesía; las reclamaciones que constantemente se le hacen no son vanas palabras; si no estuviera tan obcecada, comprendería la terrible solución que le amenaza y procuraría prevenirla, abandonando de buen grado lo que injustamente detiene. Pero no hay que contar con tal acto. Apoyada en sus polizontes y soldados querrá empeñar la lucha, desencadenando la más formidable tempestad que jamás ha registrado la historia y en la cual se hundirá de una vez para siempre.

#### LA FAMILIA

En los actuales momentos en que las Conferencias de Estudios Sociales están discutiendo el tema «La familia en el porvenir,» creemos oportuno hacer algunas observaciones referentes á dicho tema y al alcance que en el campo acrático puedan tener las soluciones propuestas.

En esta, como en todas las cuestiones transcendentales de la sociología, la solución general del problema es sencillísima con sólo hacer la crítica de lo que actualmente rige para deshacerse de toda preocupación, y afirmar, en frente de lo existente, y sin ambages, rodeos ni subterfugios, las lógicas consecuencias de la idea anárquica.

Toda ley es contraria á la autonomía y libertad del hombre; por lo tanto, la familia es ilegislable. El temperamento y la constitución física de las personas varían de una raza á otra y aun dentro de una misma raza; es, pues, una utopía querer trazar un plan general como consecuencia de una idea tan universal y una como es la anarquía. Esto no quiere decir que critiquemos á los que buscan soluciones particulares ó de detalle; cada cual obrará en último término según su organismo y su razón le aconsejen: la solución de los detalles resultará tanto más favorecida cuanto mayor sea el estudio teórico-práctico que á dicha razón impulse: los estudios que en este sentido se hagan, resultan, pues, en definitiva altamente beneficiosos, por más que no puedan en manera alguna imprimir á los hechos un carácter uniforme, ni siquiera determinado.

Cualquier organización de la familia, por el mero hecho de ser tal organización, deja de ser libre, tanto si es reaccionaria como socialista. Una ley que obliga á una mujer á permanecer al lado de un hombre contra su voluntad, holla la libertad de esa mujer, como la hollaría una ley, á primera vista ultra-socialista, que obligaría á una madre amante á que entregara su hijo recién nacido á una casa común de lactancia. Re-



pito, pues, que en esta como en todas las cuestiones sociológicas, no hay más que un camino: consecuencia anárquica.

En la relación de los sexos, la expresión sinónima de acracia es el amor libre, dentro del cual cabe el libre desarrollo de todas las voluntades, de todos los organismos, de todas las tendencias. Que un hombre y una mujer se quieren mientras viven, el amor libre que les ha permitido unirse, habrá sido además una garantía constante de que ni un momento han intervenido la hipocresía y el engaño, ya inútiles, y la felicidad resulta duplicada. Que un hombre y una mujer se quieren: el amor libre les une; que dejan de quererse: el amor libre les separa. Se me objetará que podrá ocurrir y ocurrirá el caso de que uno de los seres, el hombre por ejemplo, siga queriendo á la mujer que ya no le quiere. Pero cuando este caso ocurra, si este hombre quiere obligar á la mujer á no separarse de él, nos veremos amenazados de una nueva forma de explotación llevada á cabo por un hombre que querrá satisfacer sus gustos egoistas explotando y destruyendo la felicidad de una mujer; afortunadamente, ahí estará acracia para no tolerar esta ni otra explotación cualquiera. De ello podrá resultar el sufrimiento temporal de algunos individuos; pero además que ahorra mayores sufrimientos á otros tantos seres, he de advertir que los anarquistas no tenemos la pretensión de suprimir en absoluto el sufrimiento, como tampoco las enfermedades: lo que sí podemos hacer, y haremos, es suprimir todos aquellos males que *dentro de la ley natural* sean suprimibles, esto es, las nueve décimas partes de los que hoy aquejan á la humanidad.

En cuanto á los hijos, y en particular á los recién nacidos, la cuestión es delicadísima por tratarse de seres indefensos. Hagamos notar que el criterio anárquico antes expuesto, les favorece grandemente. Si los padres no tienen gusto de cuidarse de ellos, encontrarán en la comunidad ó colectividad tantas madres como mujeres y tantos padres como hombres haya en ella; y si la madre desea cuidar de su hijo, porque así se lo pida su gusto y su deseo, nadie cuidará de él como esa madre amante y cariñosa.

Las demás cuestiones relacionadas con lo que hoy se llama familia, son difíciles de resolver, porque la variación del modo de ser de la sociedad traerá consigo una variación radical en las costumbres y preocupaciones, cuyo alcance es aun difícil de prever. Sea este cual fuere, no podemos equivocarnos siempre que no salgamos de nuestro camino: acratismo económico, acratismo societario, acratismo familiar.—T.

## LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

### IX. — Seguridad

**H**EMOS demostrado en los capítulos anteriores que la tierra, el trabajo, el capital y el cambio son cuatro elementos por medio de los cuales la actividad humana se manifiesta en la formación de la riqueza. Vamos ahora á demostrar que la *seguridad* es el quinto elemento, y tan importante como cual-



quiera de los otros, y que, por tanto, en la distribución de la riqueza, creada juntamente por esos cinco elementos, la seguridad tiene derecho á una parte equitativa que debe asignársele cuanto antes.

Es necesario, por lo demás, hacer notar que nosotros no usamos el término *seguridad* en el sentido restringido que se emplea generalmente, así como también que no hemos hallado un término mejor que exprese lo que deseamos. Empleamos, por tanto, esta palabra á trueque de generalizar sus aplicaciones y ensanchar su significación de modo que comprenda la seguridad en todas las cosas y contra todo accidente ó una garantía contra todas las circunstancias imprevistas por remotas que sean, contra lo que pueda ocasionar sufrimiento ó mal para el individuo ó para la sociedad, ó bien de lo que pueda evitarse por medio del ejercicio de la previsión y de la premeditación. Quede, pues, bien sentado que cuando hablamos de la seguridad, significamos algo muy distinto de lo que se entiende ordinariamente por dicha palabra (1).

Antes de demostrar lo que dicho elemento debe ser, permítasenos poner de manifiesto lo que es en nuestra época la seguridad, en la acepción ordinaria de la palabra, y como de la misma manera que con otros amaños comerciales, ha sido esquilmado y robado el pueblo.

Los abusos cometidos por las compañías de seguros son increíbles. La legislatura del Estado de New-York eligió una comisión para que inquirese é investigase la administración de las compañías de seguros insolventes y de los bancos de ahorros, y en sus documentos se han visto y probado crímenes de la más flagrante delincuencia. La memoria de esta comisión legislativa fué leída ante la Asamblea el 23 de Mayo de 1872. Unos cuantos extractos demostrarán la ineficacia de la actual organización de la seguridad.

Entre otras cosas la memoria referida, dice: «A causa de las necesidades del comercio, su aplicación tiende á que la competencia se vea libre de sus mezquinas formas y á proteger á las sociedades organizadas ampliamente contra las violencias de las vicisitudes financieras y los graves peligros de las catástrofes naturales. Su esencia es el espíritu de la más verdadera democracia y en su desenvolvimiento da estabilidad á las instituciones de la República que se basan en la equidad y en la comunidad de intereses.»

En 1858 el número total de pólizas en los Estados-Unidos ascendía á 43,000. Podemos juzgar el desenvolvimiento que el principio de seguridad ha tenido en dichos Estados comparando estas cifras con la siguiente nota de la memoria ya referida:

«Las corporaciones organizadas con arreglo á nuestras leyes, esto es, las leyes relativas á la seguridad en el estado de New-York, han emitido 250,000 pólizas por valor de 800 millones de francos, mientras el total de las pólizas existentes de todas las compañías que negocian dentro del Estado es mayor que el interés de la deuda pública.»

Este párrafo nos da una idea de lo generalmente que á la postre es reconocido por el pueblo el principio de seguridad. Permitidme que llame vuestra atención hacia uno ó dos párrafos de la misma memoria para demostrar cuánto se abusa de aquel principio y cuán mal se comprende.

Dice la memoria: «De las treinta compañías consideradas por esta comisión,

(1) Tanto por lo dicho, como por lo que se desprende de las afirmaciones que el autor hace en el curso de este capítulo, creemos entender que su principio de seguridad no es más que el de solidaridad proclamado por los socialistas-revolucionarios de la Región Española.—N. del T.



solamente *una* puede decirse que ha obrado correctamente durante sus últimos años. Las demás ofrecen un espectáculo lamentable que demuestra de varios modos su incompetencia, su poca escrupulosidad, su irresponsabilidad y sus desenfrenados desaciertos.»

Es un hecho que debe grabarse en la memoria de cada ciudadano de la República el de que esos directores han sido señalados por un juez (Westerbroke) del Tribunal Supremo de New-York. Hubo un tiempo en que la creencia de que el Tribunal Supremo estaba libre de la influencia mercantil y de la corrupción de los partidos políticos era corriente. Desde 1876 esa creencia ha desaparecido por razones obvias y justas.

La memoria supra dicha continúa más adelante: «Comprobada está por las propias investigaciones del juez Westerbroke la manera como esos establecimientos se han hecho acreedores á una condena, y que si se hubiera hecho un esfuerzo supremo en cada caso para establecer y afirmar que el establecimiento reunía los debidos requisitos, estos créditos hubieran sido administrados por otros ciudadanos y con mejores resultados.

»Este año la comisión del Senado ha hecho que se publique una estadística que forma parte de su memoria, la cual contiene un análisis de las cuentas de los receptores de diez y ocho compañías de seguros. Estas estadísticas se dividen en tres partes: cuentas de ingresos, gastos y diferencias. El Banco Americano Popular, del cual era director Mr. E. B. Lawrence, tuvo de ingresos en bienes útiles la cantidad de 263.256'85 schillings (1); por cada dollar (2) distribuido empleó en gastos 2,49 schillings. En el Banco Continental, del que era director Mr. John P. O'Neil, por cada 100 schillings distribuidos entre los tenedores de pólizas se hicieron 82 de gastos.»

Mr. Kierman, presidente de la comisión, dice lo siguiente: «Puedo decir, en general, que el sistema es completamente extravagante; pero si es necesario un ejemplo tremendo de lo que digo, véase lo que ocurre con el «Guardian mútuo,» del que es director Mr. Enrique R. Pierson. El total de los gastos fué de 55.912'88 schillings para un dividendo de 3.169'66 schillings. En otras palabras: por cada duro distribuido se emplearon en gastos 17,44 schillings.»

No sólo son los trabajadores estafados por las compañías de seguros cuando pretenden asegurarse contra los accidentes imprevistos y las contingencias de la pobreza, sino también por los bancos de ahorros en donde depositan una parte de sus salarios para prevenirse de un mal día. La primera noticia de los receptores de las instituciones de ahorro ya disueltas fué expuesto por el *Bank Superintendent* del Estado, en Albany, en 26 de Febrero de 1872. Por ésta se ve la villanía de tales instituciones. De diez y ocho instituciones relatadas por el superintendente de bancos, se sabe que debían á los depositantes solamente y á la fecha de su clausura 9.585,838 schillings. En esta suma no van incluídos los débitos á otros acreedores. La mayor parte de los depositarios eran hombres que trabajaban para vivir y aquella cantidad representaba sus ahorros.

No tenemos más que registrar los periódicos y veremos frecuentemente reclamaciones de las pobres víctimas explotadas por esas instituciones fraudulentas y sus directores más fraudulentos todavía.

Se dice que los trabajadores son disolutos, pródigos, negligentes, etc., y se dice por las lumbreras del púlpito, que debieran conocer mejor, y si fueron sabios, debieran prestar más atención á los negocios mundanos y tratar de

(1) Vale el schilling próximamente 5 reales.

(2) El dollar vale 19 reales.



inculcar un poco más de moralidad entre sus rebaños que se componen en gran parte de directores de bancos y sociedades de seguros.

Permitidme ahora presentar un ejemplo de la aplicación del principio de seguridad donde se practica más honradamente; donde pone de manifiesto la tendencia de la sociedad moderna á aplicarlo racional y equitativamente.

El director de comunicaciones de la Gran Bretaña llama la atención del público á las siguientes ventajas ofrecidas por la oficina de Correos con la seguridad del gobierno por integridad, salvamento y pago:

- 1.º Por ahorros y pequeñas sumas de dinero;
- 2.º Por seguridad de la vida;
- 3.º Por previsión de la vejez, mediante una renta fija.

Puede abrirse cuenta en un banco de ahorros con 25 centavos y el dinero puede ser pagado ó cobrado en cualquier administración de correos que tenga banco de ahorros, siendo indiferente el punto en donde se haya abierto cuenta primeramente. Se paga de intereses por depósitos á razón del 2  $\frac{1}{2}$  por 100. Las mujeres y los niños pueden ser depositantes. La vida puede ser asegurada por la cantidad de 100 á 2,500 schillings; los premios pueden ser pagados de una vez ó en varias, con tal que no sean menores de 50 centavos.

Una renta vitalicia, inmediata ó diferida, que no pase de 250 schillings, puede ser adquirida por cualquier persona mayor de diez años de edad. En el caso de que la renta sea diferida, esto es, que haya de pagarse en varios plazos, el pago se hace periódicamente en pequeñas cantidades en lugar de hacerla de una sola vez.

Hay bancos de ahorro en las oficinas de Correos en cada ciudad y en la mayor parte de las villas, y en casi todos los bancos referidos hay una oficina de seguros y de rentas vitalicias. Los periódicos que publican los reglamentos de dichos bancos se obtienen en cualquier administración de correos y en caso de necesitar ulteriores instrucciones para su aplicación se dan (el franqueo de las peticiones es gratis) en la Dirección general de Londres.

Esta institución fué creada por el gobierno inglés hace bastantes años. Los trabajadores tienen allí bien garantidos el seguro de sus ahorros. En el Canadá también hay una institución semejante que ha obtenido y está obteniendo un gran resultado. A nosotros, por el contrario, aquí en América, se nos roba y se nos estafa diariamente y aun demandamos infructuosamente que el departamento de correos haga lo mismo con los trabajadores de los Estados-Unidos. Nosotros nos hallamos periódicamente robadas nuestras economías y no tenemos ninguna reparación.

El principio de seguridad ha sido reconocido plenamente en el dominio de la economía política y constituye uno de los tres elementos de beneficio, el cual los doctores de esa llamada ciencia, han asignado al capital diciendo que el seguro lo es contra todo riesgo de pérdida. No me detendré aquí á demostrar que ese riesgo de pérdida, como reclamado por ellos, es de dos caracteres muy distintos. Diré simplemente que la importancia ó valor de su riesgo ha sido calculado con gran exactitud y es conocido por las diferentes investigaciones encargadas por algunas compañías de seguros bajo el actual sistema.

Los propietarios del capital han reconocido también la existencia de ese principio y transfieren el «riesgo de pérdida» á las compañías de seguros, como una cosa general. El tanto de este riesgo es ciertamente muy pequeño, mucho más pequeño de lo que se cree generalmente, y el conocimiento exacto que tenemos sobre el asunto no se debe en modo alguno á los economistas,—lo que



hicieron fué establecerlo,—sino á las oficinas de seguros de todas las naciones del mundo, habiendo hecho el cálculo después de una serie de observaciones determinadas minuciosamente.

Consignaré aquí, por incidencia, que una de las más entretenidas, y al mismo tiempo instructivas investigaciones que los aficionados al estudio de las cuestiones sociales pueden hacer, es la que explica cómo se ha instituído el seguro y cómo sigue en absoluto las tres condiciones necesarias al establecimiento de las ciencias, á saber: observación, comparación y experiencia. Las tablas de Northampton, que sirven de base al seguro sobre la vida, son un prodigio de cuidadosas observaciones y comparación de hechos y una seguridad sobre la evidencia de las estadísticas.

Las oficinas de correos y el registro de nacimientos y defunciones nos ofrecen seguramente los mejores ejemplos que tenemos del poder organizado para ordenar un conocimiento estadístico de un asunto determinado. Tan minuciosamente se ha estudiado el asunto, que se puede profetizar, casi con completa certeza, el número de cartas que serán devueltas al departamento de *cartas muertas* en el año siguiente. Con igual certeza se puede asegurar el número de cartas mal dirigidas, las que carezcan en absoluto de dirección, las que contengan dinero, las que no sean reclamadas, etc., etc.

Con relación á las defunciones, no solamente se puede asegurar el número de los suicidas en un año determinado, las condiciones y edades respectivas de cada suicida, sino también los medios de que se han valido para suicidarse y el número de los que se den muerte dentro de cada mes del año, unos por medio del agua, otros por asfixia, muchos con armas de fuego, etc., y todos con un grado tal de esmero que el poder de la previsión no va más allá de la duda ó de la admiración.

El seguro es aquel elemento que da á cada persona en la sociedad el beneficio de la seguridad; garantiza á cada individuo en su capacidad *una*, dentro de la colectividad, contra los accidentes, las necesidades, peligros y enfermedades que pueden presentarse de mil maneras imprevistas é inesperadas. Todas las instituciones en favor de la infancia y la ancianidad; los hospitales, todas las cosas necesarias ó útiles de que la sociedad se beneficia ó puede beneficiarse libremente, son de esta naturaleza. El labrador que pierde su cosecha por las tormentas, el fuego, etc., el trabajador que pierde por accidente su vida al realizar su trabajo; el que pierde su hogar por causa del fuego; el niño á quien la muerte arrebató á su familia; los que pierden sus vidas en un viaje; la comunidad que pierde sus hogares, sus familias y sus propiedades por las inundaciones, todos, absolutamente todos, necesitan esas instituciones. La pérdida total de la cosecha en un distrito ocasiona la miseria y el hambre á todos los habitantes. La pérdida de un miembro, por un accidente cualquiera de una máquina, incapacita frecuentemente al que lo pierde para mantener á su familia. Durante un viaje un buque puede naufragar, ocasionando la pérdida de muchas vidas y de una parte de la riqueza pública y privada. A causa de una enfermedad larga y penosa ó una dolencia crónica, un padre de familia puede incapacitarse para sostener á su esposa y á sus hijos. Un niño, surgido de la ignorancia, que no recibió la educación necesaria para obtener la satisfacción de sus necesidades mediante el trabajo, se ve impelido á robar lo que necesita para vivir. Esta ignorancia es una de las causas más peligrosas de inseguridad, contra la cual la sociedad debe asegurarse.

En cuanto á asegurar á la comunidad contra la destrucción ocasionada por



las epidemias, debidas en nuestras grandes ciudades á la corrupción y la poca limpieza, es necesario tomar las debidas precauciones sanitarias, debiendo hacer lo mismo en los centros industriales.

Para las enfermedades y accidentes es necesario constituir hospitales ó prevenir de algún modo á la comunidad contra la pérdida de cualquiera de sus miembros que llegue á incapacitarse para producir, á causa de una enfermedad ó desgracia.

Todos estos y otros innumerables ejemplos que pudiéramos citar, son otras tantas pruebas de que todos los hombres deben estar garantidos contra los accidentes y males sociales; que esta garantía debe ser mutua y universal; y el principio de seguridad, su aplicación correcta, es la que lo hará así, desde el momento que dicho principio tenga su parte correspondiente en la distribución de la riqueza, cuando los intereses generales sean administrados equitativamente.

Nosotros sabemos por experiencia que cuándo ocurran accidentes desastrosos son locales y parciales; en tanto que la ruina ocasionada por aquellos es individual ó común si la pérdida se distribuye igualmente entre todo el pueblo, ó bien si la pérdida recae á *prorata* sobre toda la sociedad, la parte correspondiente á cada individuo es insignificante, y así, por tanto, pueden ser fácil y enteramente abolidos toda clase de sufrimientos originados en accidentes desgraciados.

Se ha demostrado también que la existencia del hombre sobre el planeta depende de su poder de producir, mediante el trabajo, todo lo que es necesario á su sostenimiento. Si no posee esto, su poder de producir queda destruído; de aquí que el seguro, científicamente considerado, significa también garantía del hombre contra la inutilidad ó la muerte por los efectos de los elementos ó la inclemencia del tiempo, y por tanto debe incluirse también la seguridad de un hogar, un abrigo para el hombre.

Nosotros vamos más lejos y afirmamos que debe garantizarse al hombre contra la falta ó carencia de ropas con que cubrir sus carnes; de hecho es lógicamente preciso extender el seguro á una cantidad dada de alimentos, todo lo cual solamente queda para el hombre asegurado mediante la primera garantía de una ocupación constante y el reconocimiento del derecho al uso de los instrumentos de trabajo. Antes de asegurar que la sociedad está garantida y permanentemente basada en la paz y armonía, es necesario realizar todo lo que dejamos dicho. Esta concepción amplísima del seguro es la que propagan y practican las sociedades de obreros.

El padre que enseña á sus hijos una ocupación de ejercicios y de seguridad, provee á la futura existencia del niño asegurándole los medios de ganar el sustento. El que hace una fortuna para dejársela á sus hijos, ó el que da como una dote á sus hijas, los asegura contra la pobreza y la miseria. Cuando un padre cultiva un campo, cría ganados en sus tierras, etc., no hace más que asegurar á su familia contra el hambre; cuando sana sus campos y limpia sus establos se *asegura* á sí mismo y á su familia contra las enfermedades. No suponemos que esos hechos vayan acompañados de una concepción concienzuda de sus efectos; pero el resultado final no es otro.

¿Por qué, pues, el principio de seguridad ha de ser limitado al individuo y la familia, por qué no ha de extenderse á la sociedad en general?

Es muy grato para los que estudian la cuestión, observar la aplicación gradual pero extensiva del principio de seguridad que hacen las asociaciones de



obreros. Vemos que ellos subsanan los accidentes desgraciados, la falta de trabajo, las enfermedades, la pérdida de herramientas por el fuego, pagan los entierros y pensionan á los ancianos. Sin duda ninguna, el seguro sobre la vida sera pronto incluído en la lista anterior y pronto se extenderá á las esposas y á los hijos.

No todas las asociaciones aseguran contra todo lo que dejamos dicho, pero cada una de ellas está garantida en la mayoría de las uniones. Algunas aseguran contra tres ó cuatro de esas partes; otras solamente contra una ó dos. Ningunas, creo yo, aplica en toda su generalidad el principio, mientras algunas no lo practican de ninguna manera. En estas sociedades, donde el seguro permanece sin reconocer como principio y por tanto sin organizar, hallamos no obstante bajo los títulos «Dádivas voluntarias», «Privilegios del oficio» etc., largas consignaciones en los gastos de sus fondos.

El sentimiento de seguridad contra la necesidad, es decir, las necesidades actuales de la vida, se impondrá á todos los trabajadores del mundo sin duda alguna tan pronto como se extienda entre ellos un conocimiento completo de poder económico de la producción.

Los viejos economistas, filósofos y moralistas han glorificado en alto grado la necesidad y la pobreza; las han considerado la fuente y motivo de todo deseo de acción y por tanto de la producción. Mas los trabajadores sabemos por experiencia que la pobreza tiende en alto grado á prevenirnos contra la producción. Los economistas señalan con orgullo el número *conocido* de aquellos hombres naturalmente robustos, favorecidos con una organización física muy fuerte, que han vencido las dificultades de la pobreza y de la miseria, triunfando al fin; pero nosotros los obreros señalamos con piedad y con la misma consideración el número *desconocido* de los que siendo de más sensible organización intelectual y moral y de constitución más delicada, han sido aniquilados por este dominio de necesidad y, por tanto, incapacitados de producir, aunque probablemente habrán poseído un más alto grado de talento que de suerte. Ellos, los economistas, pueden contar sus Tennysons; nosotros no podemos contar el número de nuestros Chattertons.

Si de cualquier modo hubieran aplicado el principio de seguridad, y haciéndolo, hubieran hecho uso de los mismos métodos empleados por las compañías de seguros y sus agentes, les faltaría con toda certeza cumplir el fin deseado, porque entiéndase bien, la aplicación de métodos viejos nunca producirá más que añejos resultados y como la iniquidad y la injusticia han seguido siempre á los métodos viejos, á nosotros no nos place establecer la igualdad continuando con aquellos métodos.

La tendencia de la sociedad moderna es sin duda á transformar la vieja y gastada política de los negocios públicos, en la que el empleado, el tramposo, embaucador y el capitalista legislan y se protejen en un procedimiento de la cosa pública que respete y legisle los intereses verdaderamente sociales. La administración pública estará á cargo probablemente en el porvenir de una comisión de vigilancia mejor que por un poder ejecutivo: será necesario por tanto facilitar los medios de llevar adelante su trabajo.

Para obtener la protección de la sociedad contra una injusticia ó agresión personal ó para el perfeccionamiento é instrucción de la juventud—á fin de asegurar una población robusta, saludable é inteligente—ó para desenvolver las naturales fuentes de riqueza del país, es necesario construir muchas escuelas, canales, caminos, puentes y conservar en buen estado nuestras riveras, puer-



tos, fondeaderos y todo lo que contribuye á asegurarnos contra las pérdidas naturales, el desmejoramiento ó destrucción de todo lo que ha sido producido por la acción combinada de la tierra, el trabajo, el capital y el cambio, cuyo coste debemos naturalmente pagar, siendo el importe de este coste el que determina la parte correspondiente á la seguridad en la distribución de la riqueza.

### MISCELÁNEA

**E**L antisemitismo ha tomado tal incremento en Hungría, que el municipio de Neutra ha decretado que las vacas pertenecientes á israelitas no podrán aprovecharse de los pastos situados en las tierras pertenecientes al municipio.

Tratándose de patria y de razas, las regiones que más se precian de civilizadas podrían tomar lecciones de humanidad de las tribus que habitan el Africa central.

Está ya terminada hasta el primer piso la construcción de la torre Eiffel, de París; en la actualidad, su altura alcanza ya la de las famosas torres de la catedral de Nuestra Señora.

Monumentos religiosos y patrióticos: aun están ahí los hombres de la república francesa.

Con objeto de avivar los odios de raza, el gobierno alemán ha resuelto que el monumento que se levantará al emperador Guillermo, se haga en Metz, capital de las provincias lorenesas francesas anexionadas á Alemania.

Bien se vé que esos teutones tienen el mal por dentro, que tanto buscan distracciones por fuera. Lo malo que esas distracciones cuestan sangre. Pero todo se andará: sangre llama sangre.

Dos sabios alemanes han publicado el resultado de sus cálculos para determinar de una manera cierta las dimensiones de la tierra. Según estos cálculos, la longitud del eje polar es de 12.712,138 metros; el eje del diámetro ecuatorial mínimo, que se halla á los 103 grados 14 minutos al Este del meridiano de París, es de 12.752,701, en tanto que el diámetro ecuatorial máximo, situado á los 13 grados 14 minutos de longitud, es de 12.750,568 metros.

La superficie de la tierra se eleva á 509.940,000 kilómetros cuadrados, y su volumen á kilómetros cúbicos 1,082.680,000. La circunferencia del globo en el meridiano más pequeño es de 40.000,998 metros y el mayor meridiano de 40.060,903.

Los mares y lagos ocupan 565.127,950 kilómetros cuadrados de extensión.

El número total de habitantes de la tierra es de 1,300.901,000, divididos en 300.530,000 en Europa; 71.800,000 en Asia; 203.300,000 en Africa; en América 84.542,000, y 4.483,000 en Oceanía.

Se prepara en Rusia una importante reforma: la pena de la deportación de Siberia para los condenados políticos será reemplazada por la de prisión. Es, pues, un cambio completo en el sistema usado en Rusia desde tantos años.

El problema de la población de la luna sigue apasionando á los astrónomos. A los experimentos del Dr. Bledman hay que añadir los del sabio B. Pueyol. Este, perfeccionando los procedimientos de aquél, ha construído un telescopio de cuádruple potencia de los conocidos hasta la fecha. Sometida á este aparato la fotografía detallada del disco lunar, el disco ha alcanzado un diámetro considerable. El resultado de esta experiencia ha sido asombroso. La existencia de seres vivientes en la luna parece comprobada. Parece que existen en la luna centros importantes de población en los que se nota un orden admirable de alineación en las vías ó arterias por las que discurren gran número de seres vivientes, según parece desprenderse de los últimos trabajos de Puegel.

No pueden precisarse otros detalles, pues todo ha de ser objeto de posteriores des-



cubrimientos que se obtendrán á medida que se vayan perfeccionando los aparatos, hasta cierto punto deficientes, de que hoy dispone la óptica.

Mr. Lewthiam Bell ha publicado una estadística muy curiosa sobre la producción del carbón de piedra en todo el mundo.

Según ésta, la producción en la Gran Bretaña, durante el año 1886 ha sido de 156 millones de toneladas; en los Estados-Unidos 72 millones; en Alemania 53 millones; en Francia 20 millones, y en Bélgica 17 millones.

En Inglaterra la producción por persona y año fué en 1873 de 355,000 kilogramos; en 1878 de 150,000; en 1879 de 155,000. El término medio es de 144,000 kilogramos.

En Francia el término medio más grande por hombre y por año fué de 179,000 kilogramos.

Los mineros recibieron en 1873 el siguiente salario por semana:

	Pesetas		Pesetas
En Inglaterra . . . . .	34'95	En Bélgica . . . . .	20'25
En Alemania . . . . .	21'60	En Francia . . . . .	18,75

Después de 1873, con el pretexto que sufría la industria el salario disminuye mucho, y ahora un minero gana:

	Pesetas		Pesetas
En Inglaterra . . . . .	27	En Bélgica . . . . .	21
En Alemania . . . . .	26	En Francia . . . . .	15

M. John Murray, basándose en la carta de lluvias de Elías Loomis, ha calculado que la altura media anual del agua recibida por la corteza terrestre se eleva á 970 milímetros, lo cual representa una masa líquida de 111,800 kilómetros cúbicos.

El continente donde más llueve es la América del Sur; síguete el Africa; después la América del Norte; luego Europa; á continuación Asia, y por último Oceanía.

La cantidad de lluvia aumenta de los 70 á los 50 grados de latitud Norte, y disminuye entre los 40 á los 30.

De aquí deduce Murray que corren anualmente á perderse en el Océano 24,600 kilómetros cúbicos de agua, y que por evaporación vuelven directamente á la atmósfera 87,200 kilómetros cúbicos.

La proporción entre el agua que va al mar y la que cae en una región hidrográfica, varía según las latitudes.

Hacia el grado 30 está el mínimum de la primera, y hacia los trópicos el máximium.

En Rusia tuvieron lugar el pasado otoño experiencias de natación que merecen conocerse por lo curiosas, sobre las cuales la prensa rusa ha guardado silencio hasta hace algunas semanas.

En los alrededores de Kiew, seis compañías de infantería atravesaron á nado un brazo de río de 140 metros de anchura y 6 de profundidad. La sexta división de caballería, también realizó ensayos en el Bug y en el Narew; los jinetes desensillaron los caballos, montaron en ellos y se precipitaron en el agua. En cuanto los caballos comenzaron á nadar, los cosacos se echaron al río, y agarrados con una mano á la crin de su cabalgadura nadaron á su lado.

La artillería hizo atravesar el río primeramente á los caballos y después con el auxilio de un cable pasó los cañones.

Después de estas experiencias se pasó un río caudaloso por una división, suponiendo que desde la orilla opuesta hacía fuego el enemigo. Los caballos atravesaron un río de 200 metros de anchura en la misma forma, tardando cinco minutos en la operación. Los jinetes emplearon siete minutos en desnudarse y desensillar y ocho en vestirse y ensillar.

Tristes experiencias que demuestran que la autocracia, después de tiranizar á los hombres los convierte en instrumentos de destrucción y tiranía.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.